

Estaba densamente pálida, pero brillaba en sus ojos una inemnsa alegría.

En el interior de aquella casa velaba al mismo tiempo otra persona: el marqués de Rio-florido.

Cuando D<sup>a</sup> Inés cerraba la ventana, después de haber presenciado la escena de la ronda, el marqués se metía alegremente en el lecho, exclamando:

—Ah! reverendísimo padre Nitardo, en esta vez solo que el demonio mismo te avise podrás escapar: dentro de tres horas, ya todos nuestros trabajos estarán fuera de tu alcance. De vencer tiene el príncipe D. Juan, y yo de ser tengo también virey y capitán jeneral de la nueva España.

## IX.

En donde se refiere cuán espedita y ejecutiva era la justicia de S. M. D<sup>a</sup> María Ana de Austria cuando se trataba de su confesor.



El padre Nitardo llegó hasta la antecámara de la reina, en donde le esperaba ya D<sup>a</sup> Eujenia para introducirle.

—D. Fernando—dijo el padre—será prudente que me aguardes aquí con tu esposa; quizá mientras hablo con S. M. llegue en demanda mia; Benavides, suplica á mi nombre á D<sup>a</sup> Eujenia que me entre el aviso aunque hable yo con S. M. en ese momento, que cosa debe ser muy importante al real servicio.

—Cumpliré, señor—dijo Valenzuela.

El padre penetró en la cámara de la reina.

D<sup>a</sup> María Ana de Austria le esperaba sentada en un sitial cerca de una mesa en la que leía un devocionario á la luz de dos bujías de cera.

La luz de aquellas bujías alumbraba apenas la real cámara y hacia resultar en la oscuridad del tapiz de las paredes y de los muebles los soberbios recamos de oro de las blasonadas colgaduras y sitaliales.

D<sup>a</sup> María Ana de Austria vestía un severo traje de terciopelo negro; era el luto que siempre conservó por el difunto rey.

La reina aún era joven, y á pesar de sus negras tocas de viuda era una mujer hermosa.

Felipe IV casó en primeras nupcias con D<sup>a</sup> Isabel de Francia, hija de Enrique IV y el primer hijo que tuvo de este matrimonio, y que fué el príncipe D. Carlos, murió en el año de 1646, cuando se había casado con D<sup>a</sup> María Ana de Austria, y antes de consumarse el matrimonio.

Felipe IV se unió despues con la que debía haber sido mujer de su hijo, y que era naturalmente muy joven.

D<sup>a</sup> María Ana de Austria nació en 1634; de manera que á la muerte del rey tenía apenas treinta años, y treinta y dos en los días en que pasan los acontecimientos que venimos refiriendo.

La reina vivía como aislada en medio de la corte de España; su cualidad de extranjera no había podido ser olvidada, y su caprichoso cariño y la protección inmoderada que dispensaba al padre Nitardo, la hacían menos amada de sus súbditos y sobre todo de la nobleza española.

La reina cerró su devocionario cuando lo anunciaron al padre Nitardo y se dispuso á recibirle.

—Dios guarde á V. M.—dijo el padre.

—El os proteja—contestó la reina—grave asunto debeis tener que comunicarme cuando os miro á esta hora por mi cámara.

—Tan grave es, señora, que me he atrevido á pedir audiencia á V. M. á hora que no debía ya de ocuparse de negocios.

—La suerte de los reyes—dijo D<sup>a</sup> María Ana—es envi-

diada del vulgo, que no conoce que son los reyes los que menos pueden disponer de su voluntad y de su corazón, y que momentos, y no muy raros, tienen de envidiar á su vez la suerte del último de sus vasallos.

Había en el acento de la reina y en sus palabras tan profunda tristeza que el padre Nitardo se sintió conmovido.

—Sea el gran consuelo de V. M. en estas tribulaciones, —dijo el padre Nitardo—que todo es para mayor honra y gloria de Dios; que lugar preferente guarda entre sus escogidos á todos los que han llorado sobre la tierra.

—Dios me envíe resignación como me envía penas y dolores: ¿qué negocio os hace llegar aquí á esta hora?

—Una nueva conspiración de los partidarios de D. Juan.

—Siempre D. Juan, siempre D. Juan: ese hombre no podía negar que á la real sangre de los príncipes de la casa de Austria, tiene mezclada la plebeya de la Calderona, de la cómica: ¿y qué hay, pues, de nuevo?

—En esta noche han tomado ya una resolución: trátase de entregar el Bravante á los franceses, de levantar al pueblo de Madrid, y de hacerme morir en medio del tumulto, para obligar á V. M. á llamar á su consejo al príncipe.

—¡Desleales, jamás lo conseguirán! ¿y qué habeis hecho?

—He mandado aprehender al emisario que debía salir á conferenciar con el príncipe D. Juan, y á él deben encontrársele los papeles que dan mayor luz á este negocio.

—¿Y quién es ese emisario?

—Aun lo ignoro; he prohibido al encargado de prenderle que se le reconozca, con objeto de que en la corte no se divulgue le noticia de su prisión si es personaje conocido,

y así no le llegue el aviso al príncipe y se embarque sin dificultad para su destino.

—Ese hombre sea quien fuere debe morir.

—Mi carácter sacerdotal me prohíbe aconsejar se ordenen medidas de esa naturaleza, V. M. en sus altos designios podrá disponer, si quiere, que se haga un saludable y ejemplar escarmiento.

—Oh! sí!—esclamó con gran escitacion la reina—que ese hombre muera, que muera sin remision; así comprenderán todos esos conspiradores á quanto se esponen; basta ya de sufrimiento y de condescendencia; yo soy la reina, y si por serlo sufro y padezco y tengo que contrariar mis inclinaciones y que ocultar mis simpatías, que hacer muchas cosas que no estaria obligada á hacer la viuda de un labriego; que me respeten que me teman, que sepan que soy su reina, su señora; ellos, la nobleza, me tiranizan y me atacan: bien, acepto el reto, María Ana de Austria; es aun la reina: ahora verán como sabe castigar: escribid, señor.

María Ana de Austria estaba en un momento de febril exaltacion, sucesos desconocidos y secretos que quizá conocerán mas adelante nuestros lectores, habian llegado á escitar de tal manera su temperamento que no necesitaba mas que un incidente cualquiera para poder estallar.

Aquella reina, mujer, jóven y hermosa, de pasiones ardientes, de imaginacion viva que sentia cruzar á su lado intrigas y lances de amor, y que habia pasado parte de su vida, lo mas florido de su juventud, unida á un hombre que podia ser su padre, viuda primero de un jóven á quien no habia conocido, y despues, de un anciano á quien no habia amado, obligada á vivir en la soledad y el retraimiento, sin porvenir y sin ilusiones, cuando su edad y su corazon

la llamaban aun al mundo y al amor, María Ana de Austria era verdaderamente desgraciada.

Por eso su carácter dulce se iba de dia en dia convirtiendo en una especie de misantropía, por eso habia en sus conversaciones tanta tristeza y tan sombrío fondo, por eso pasaba rápidamente de la calma á la exaltacion. Porque aquella reina, como ella decia, era mas infeliz que la mujer de cualquiera de sus vasallos.

El padre Nitardo habia tomado una pluma de un rico tintero de plata y habíase colocado en la mesa con un papel delante, pronto á escribir lo que la reina le mandara.

—Una órden—esclamó María Ana de Austria con los ojos chispeantes—una órden, para que se le dé garrote vil á ese embajador de los conspiradores.

—¿Y si es un noble señora?

—Si es un noble, morirá en el garrote.

—Pero la nobleza se alarmará viendo atacados sus fueros.

—¿Y el rey no debe alarmarse al ver invadidos sus sagradas atribuciones? ¿de cuándo acá los reyes no son libres para tener cerca de sí, en su consejo, á las personas que quieran?

—Sin embargo, señora, perdóneme V. M., pero la nobleza va á sentirse herida en el corazon al ver uno de los suyos morir en el garrote.

—¿Puedo elevar á un plebello hasta la grandeza de España?

—Sin duda basta para ello la voluntad de V. M.

—Pues entonces... escribid.

El padre Nitardo comprendió lo que aquello queria decir y escribió la órden.

La reina seguía con los ojos el movimiento de aquella

pluma, y los caracteres que se iban dibujando en el papel, abriendo el sepulcro de un hombre.

Cuando conoció que el padre habia concluido, estendió la mano para tomar la pluma, y con pulso tranquilo puso la firma.

—¿Estará ya preso ese hombre?—preguntó la reina.

—Sí, señora—dijo el padre Nitardo mirando una muestra—han dado ya las dos.

—¿Y cómo sabremos la realidad?

—Dentro de muy poco tiempo vendrá al palacio la persona encargada de su aprehension, con los papeles que se le hayan encontrado.

—¿Tardará?

—Creo que no: si V. M. me permite, iré á ver. . . .

—No hay necesidad, quedaos. . . . no quiero estar sola.

La reina calló, y el padre tambien quedó en silencio; se podia oír el ruido de la atmósfera que rozaba contra las paredes, y los lijeros estallidos de las bujías.

Los dos meditaban. Así pasó un largo rato, y la reina no daba la menor muestra de impaciencia.

Llamaron suavemente á la puerta: aquellos golpes eran mas bien para adivinados que para escuchados.

—¿Me permite V. M.?—dijo el padre levantándose y dirigiéndose á la puerta.

La reina inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

El padre abrió la puerta y se encontró con D<sup>a</sup> Eujenia.

—Benavides pregunta por S. E.—dijo la dama.

El padre salió dejando á la reina sola, pero María Ana de Austria estaba tan engolfada en sus meditaciones que nada observó.

—¿Qué hay?—preguntó el padre á Benavides, á quien

encontró en la antecámara hablando con D. Fernando.

—El hombre está preso, y aquí están los papeles que llevaba—contestó Benavides, entregando un grueso cartapacio.

—Bien: toma esa orden, infórmate de ella y que se cumpla.

El padre entregó á Benavides la orden que habia firmado la reina, y tomando los papeles que le presentaba Benavides volvió á entrarse á la cámara real.

Benavides abrió la orden, miró la firma, la besó, y comenzó á leer.

D<sup>a</sup> Eujenia y Valenzuela lo observaban.

Repentinamente cambió Benavides de color y exclamó:

—Jesus lo ampare.

—¿Qué sucede?—dijeron á un tiempo D. Fernando y su esposa.

—¡Silencio por Dios!—esclamó trémulo Benavides,—lo que os voy á decir es un secreto terrible, pero necesito contarle, porque me ahogo.

—¿Qué hay, pues?

—Esta es una orden para que en el término de tres horas se dé garrote á un hombre á quien acabo de aprehender.

—Infeliz—esclamó D<sup>a</sup> Eujenia.

—Oh! pero aun no lo sabéis todo—dijo en voz baja Benavides—¿sabéis quién es ese hombre que dentro de tres horas debe morir en el garrote?

—¡Quién! ¡quién!

—Guardad el secreto—continuó Benavides, paseando en derredor sus inquietas miradas—ese hombre. . . . es. . . . D. José de Mallades.

—Dios nos asista—esclamó Valenzuela.

—Desgraciada Laura—dijo D<sup>a</sup> Eugenia cayendo desplomada en un sitial.—Se lo habia yo pronosticado.

D. Fernando acudió al socorro de su esposa, que parecia próxima é desmayarse, y Benavides, como espantado de la revelacion que acababa de hacer, salió precipitadamente.

Daban en este momento las tres de la mañana.

.....

El padre Nitardo, delante de la mesa, abria las cartas que le habian quitado al preso, y daba cuenta á S. M.

## X.

De lo que pasaba á las seis de la mañana.

**D**ON José de Mallades, pues que ya sabemos que habia sido el preso, fué con el mismo sijilo trasladado de las prisiones de la inquisicion á un oscuro calabozo de la cárcel real.

Mallades comprendia que habia sido denunciado y que los papeles que le habian arrebatado lo comprometian en gran manera; pero muy lejos estaba de creer la suerte que le aguardaba.

D. José tenia confianza en la proteccion y amistad que le dispensaba el príncipe D. Juan de Austria.

El príncipe tenia enemigos terribles en la corte, la reina le queria mal, pero el señor D. Juan de Austria era un señor muy poderoso, capaz de hacer temblar á la corte con uno solo de sus movimientos, y Mallades sentia proyectarse en su misma prision la sombra augusta de su protector.

Esperaba que al dia siguiente sus amigos tuvieran noticia de lo que le habia acontecido, que escribirian al príncipe y que éste muy pronto lo haria poner en libertad.